

# NARRATIVA



# Irse

Mayte Mujica

## Capítulo 1

Fue nuestro quinto día en Miami. Uno de esos viajes que las parejas inventan para arreglar las cosas. La primera noche me quedé en el hotel mientras Santiago iba al Super Bowl. Los días habían fluido con normalidad. Compras para las niñas, hamburguesas en Cheese Cake Factory, *malls* y Jack Johnson como la banda sonora: la velocidad sin interrupciones de la carretera, las palmeras perfectas, el cielo sin manchas. ¿Qué era Miami sino un paraíso artificial? Por las noches, al llegar a la habitación, encendíamos la tele y dormíamos. En esos cinco días habíamos logrado no hacernos daño y hasta reírnos como dos hermanos que recuperan, ya de adultos, ciertas complicidades de la infancia. Pero había una zona ciega, una fragilidad permanente, como el cielo impecable de Florida que, de pronto, se espesa con una masa de nubes oscuras, y pensaba cuándo empieza a llover, cuándo empieza la tormenta,

los truenos, el ruido, el rayo que corte la oscuridad. Cuándo. En qué momento estalla.

El Stubborn Seed era un restaurante de moda en South Beach, tenía una arquitectura industrial y una iluminación oscura. Había convencido a Santiago para ir la noche de su cumpleaños. Primero se había negado. No tenía ganas de celebraciones. Preferiría quedarme. La cena es mi regalo, le dije. Hice las reservas desde Lima. Seguro que ahí te animas, vamos a pasarla bonito. Nos costó trabajo encontrar la dirección, mientras buscábamos él se fue oscureciendo. Nos ubicaron en una mesa para dos. Trajeron la carta, la revisó y dijo que nada le gustaba. Intenté animarlo y le leí los nombres de unos platos que me sonaban bien: *unami short rib*, *butter poached lobster*, *hawaiian nairagi*. Hay que probar algo nuevo, le dije. Nada me gusta, no sé qué hacemos acá. Respiré hondo. ¿Por qué haces ese ruido si ya sabías que yo no quería venir?, ¿qué quieres? Un poquito de alegría. ¿Me has visto cara de payaso? Me voy, tú quédate si te da la gana. Santiago llamó al mozo y le anunció que nos retiraríamos. Debí ordenar mi cena, pero no lo hice.

Buscamos la playa de estacionamiento y nos sumergimos en las autopistas norteamericanas y ambos hicimos lo único de lo que éramos capaces: permanecer en silencio las dos horas que duró el camino. El hotel quedaba debajo de un puente, en un *highway*. No era una zona linda. El vestíbulo estaba adornado por una falsa escultura de Botero. Una gorda coqueta cubierta con una pátina dorada que en el sueño del propietario debía lucir elegante.

De ese viaje a Miami habían pasado exactamente quince meses. Fueron las últimas vacaciones que hicimos juntos. *Juntos*. A veces el mundo alrededor de las palabras adquiere significados extraños o contradictorios. *Juntos*. 1) Compartir un mismo espacio y desear estar en el lado opuesto de la galaxia. 2) Dormir sin rozar el cuerpo del otro. 3) Pasear, tontear, conversar o reclamar, discutir, pelear, ofender, dañar. He pensado que necesitamos un tiempo *juntos*, me dijo Santiago, antes de contarme que había comprado dos pasajes Lima-Miami-Lima. Vistas las cosas con distancia todo me parece absurdo. ¿Saltar de una ciudad a otra convertiría este invierno en una luna de miel? En lugar de aceptar las circunstancias me dio una crisis. ¿Acaso han mejorado las cosas?, dijo él. Pensé

que sí, dije yo y lloré. Verme descompuesta ablandó a Santiago una vez más y compró esos dos pasajes Lima-Miami-Lima con el apuro de un prófugo. Los primeros cinco días de viaje hicimos un esfuerzo por tomarnos las cosas ligeramente y hacer lo que una pareja de jóvenes latinoamericanos hace en Florida: comprar ropa, comer hamburguesas, *pizzas* y *cheese cakes*, beber una que otra cerveza y pasear por la playa. Hasta que se hizo evidente que nada había cambiado, yo no lo hacía feliz y él a mí tampoco.

Ya en la habitación —maletas abiertas sobre la alfombra, bolsas de plástico, paredes empapeladas con un decorado de cachemiras color cobre, una envoltura de chocolate arrugada sobre la mesa de noche— tuvimos una conversación cuya dinámica consistía en lo siguiente: yo me proponía a rescatar de entre los escombros alguna cosa que se mantuviera entera e intentaba hacerla brillar, como si eso fuera suficiente, una cosa pequeña y ridícula, por supuesto. Él, al mismo tiempo, hacía un recuento de daños, pérdidas, muertos, errores, tan quirúrgico y acertado, y esas visiones opuestas de la realidad eran el choque de dos civilizaciones. Habría sido tan sencillo dar un paso al costado, decirle tienes razón, terminemos con todo, puedes retirarte en paz. Pero no lo hice. En lugar de eso: nos queda un día más acá, si seguimos como estamos, será una pesadilla. Vamos a cenar. Santiago estuvo de acuerdo. Firmamos una tregua cuyo único objetivo era no seguir haciéndonos pedazos lejos de casa porque la única posibilidad que teníamos era estar el uno con el otro. Así que cada quien tomó una ducha, se vistió como para una cita y salimos guiados por esa voz robótica del Waze a un restaurante de carnes y pastas donde, más por ansiedad que por hambre, comí un bife con papas al horno y *sour cream*, pedimos una botella de vino californiano y hablamos de cualquier cosa sin mencionar el pasado inmediato y mucho menos, el futuro. Volvimos al hotel, tomé un clonazepam y me quedé dormida con la mágica y deliciosa sensación producida por la pastilla: ha detonado una bomba nuclear, todo se está destruyendo, pero a ti nada te importa, y eres consciente de eso, y solo sonríes y te pierdes.

Han pasado quince meses y ese periodo ya tiene un nombre: “Los tres años negros”. De ellos solo quedan algunos recuerdos muy precisos y otros muy confusos que se superponen y se mez-

clan y que, en algún momento, dejarán de estar al alcance de mi mano y se fondearán en lo profundo de mi subconsciente, donde se tejen las pesadillas y los sueños. He tomado unas vacaciones y ahora estoy en una ciudad limpia, digo limpia porque nunca estuve aquí con Santiago, así que no hay nada que me lo recuerde. Las he llamado “Las primeras vacaciones después de los tres años negros”. He terminado el almuerzo, un *boeuf bourguignon*, dos copas de Pinot Noir, he caminado un poco, he encontrado la tienda de chocolates de Jean-Paul Hévin y he salido de ahí con varias cajas y bolsitas, he revisado mi cuaderno de notas y he buscado la dirección que me dio mi padre. Me he perdido un poco, pero, finalmente, la he encontrado. Aquí está la pequeña casa, discreta, sobria y de simetría perfecta. Un muro poco elevado color crema, una puerta verde y una torre breve de tres pisos. En cada piso, hay dos ventanas angostas que, a pesar de tener las persianas desplegadas hacia afuera, no dejan ver nada en su interior. Es una casa cerrada. El techo es color azul pizarra. En la fachada hay una placa dorada con una inscripción: Galerie Downtown. En esa quieta callecita de Saint Germain des Prés, hay viento y las hojas secas bailan en círculos al ras del piso.

Esta es la casa donde se conocieron, en 1939, mi abuelo, un aprista deportado del Perú, y mi abuela, una francesa aspirante a mecánica dental. De aquí nació el mito familiar: el del chico de familia acomodada que lo deja todo por ideales supremos, justicia, libertad, compromiso, y el de una mujer que decide abandonar su patria, su familia, su idioma, en resumen, todo el mundo conocido, por amor.

Mi abuelo llegó a París en abril de 1939, a los veinticinco años. Se instaló en esta casa que entonces funcionaba como hospedaje: la Pension de Famille Abbaye. Su habitación no daba a la calle, sino a un pasillo interior. El lugar ofrecía calefacción central, baño, agua fría y caliente. Francia aún no había declarado la guerra a Alemania. Esos primeros meses en Europa debieron tener el espíritu ligero de unas vacaciones. Mi abuelo venía de pasar dos años en El Frontón, una cárcel para presos políticos situada en una isla frente a las costas de Lima. Él era aprista y el Apra había sido proscrito en 1934, durante el gobierno de Óscar R. Benavides. Cuando yo era pequeña y viajaba en auto con mamá por la Costa Verde, esa autopista que transcurre entre el acantilado y el océano

Pacífico, distinguía en un horizonte casi clausurado por la grisura limeña aquella cárcel que se asomaba como el lomo de una ballena. “Mira, en la isla de allá estuvo preso tu abuelo. ¿La ves?”, me mostraba, inaugurando para mí un mundo de fantasía. Solo una vez mi abuelo me contó sobre El Frontón y La Lobera, una cueva marítima convertida en celda de castigo. Me explicó que cuando la marea subía, el agua helada del Pacífico le llegaba hasta el cuello y se veía obligado a pasar la noche de pie, sin poder recostarse, la ropa mojada pegada al cuerpo, las ratas rondando por ahí.

Sobre mi abuela, en cambio, sé poco, murió antes de que yo naciera. He visto algunas fotos suyas en casa de mis padres. Hay un retrato en blanco y negro; tiene los rasgos finos, ojos gatunos y un gesto en la boca que podría ser una sonrisa, pero no lo es. Hablar de ella es convocar una historia triste.

Cuando mi abuelo murió me dejó en herencia todos sus papeles. Ocho cuadernos numerados donde escribió día tras día un diario que contiene correspondencia, documentos, recibos de restaurantes, *tickets* de tren, pasajes de metro, entradas al cine y cartillas de racionamiento. Las cajas cerradas se acumularon en una habitación adornada con fotografías familiares: la boda de mi hermana, yo a los veintitrés años con mi vestido de novia, el tío más querido, el bisabuelo. Ahora nada de eso existe. Recuerdo los últimos años de colegio, cuando empecé a visitar al abuelo con frecuencia. Cada domingo por la tarde, bajo el inmenso cuadro de un perro galgo en una oscura escena de caza, nos sentábamos y me contaba algo, lo que fuera, la gestión de un presidente, los orígenes del Apra, el lío político del momento. Me enseñaba fotos donde aparecía cortando leña junto a otros muchachos guapos, “eso es durante la clandestinidad”, me decía. “Eso en un viaje a la selva”. O en la playa, con un cuerpo delineado por el ejercicio físico y el remo. También había otras imágenes, fotos familiares, y unas más recientes de antes que derrumbaran la Penitenciaría para construir un lujoso hotel. Fue con mi padre y recorrió las celdas donde habían estado encerrados él y sus compañeros y anotó las leyendas en el reverso del papel fotográfico. Yo no conocía chicos así. A mi novio de entonces lo único que le interesaba eran las historias de espías, los carros y beber hasta perder el conocimiento. Me aburrí

pronto y lo dejé. Decía que mi relación con el abuelo empezó con mi tránsito hacia la adultez. Me fascinaba la historia del chico que había renunciado a su destino familiar por un proyecto político, una visión de país, y que a costa de eso había soportado la cárcel y el destierro. Me impresionaban su valentía, su vasta cultura, su afición a las películas de horror, su sentido de la justicia, su coherencia, la precisión de su memoria y también, por supuesto, me intrigaba cómo las formas del dolor que conoció no le habían dejado ni una sola marca visible. Yo quería ser como él: entregarme a las fuerzas físicas de la rebeldía. Creo que él también lo deseaba. Pero fracasé. Fui una chica convencional. Los asuntos importantes ocurrían no fuera, sino dentro de mí, fluían como ríos subterráneos que no encuentran nunca una salida al mar.

En los años treinta mi abuela había dejado la casa de sus padres para irse a vivir sola a París, había huido de una madre represiva y manipuladora. Se había enamorado de un peruano deportado, habían tenido un hijo, habían sobrevivido a la guerra, había huido de la Francia ocupada cruzando a pie los Pirineos con mi padre de cuatro años, habían sido detenidos en España en un campo de refugiados, los habían soltado gracias a las gestiones de un diplomático peruano amigo de la familia y, finalmente, llegaron a Lisboa donde abordaron en tercera clase el *Monte Amboto*, un buque de la naviera Aznar que los trajo al Perú. Ella consiguió una serie de trabajos, aprendió a hablar mal el español y asumió sus circunstancias: sostener una casa con un padre ausente. Había sido austera en sus afectos, había mantenido la dignidad en la pobreza, había sido inteligente. Había hecho del silencio una forma de resistencia, había logrado hacer amigas y que la inmensa familia de mi abuelo la acogiera, la admirara y la quisiera. Cuando las cosas con Santiago empezaron a salir mal, encontré en la lectura de estos diarios algo en qué ocupar mi cabeza.

La primera vez que leí el nombre de mi abuela fue en la entrada del sábado 15 de abril, primer cuaderno. Dice: *11 am. Homenaje a Vallejo ante su tumba. Una veintena de peruanos, franceses, españoles. Después del almuerzo visitamos a Mademoiselle B.* Es un recuento de anécdotas. En París mi abuelo se levanta tarde, trabaja durante la mañana y el resto del tiempo pasea, lee, escribe y piensa en su



país y en su partido. Se ha matriculado en la Alianza Francesa, ha pagado 500 francos por tres meses, las clases duran de 2 a 4 de la tarde. Como compañeros, tiene a una polaca que le presta los libros para estudiar, unas italianas, una alemana, dos chinas, algunos españoles. Cada cierto tiempo recibe del Perú un sobre con dinero. 2400 francos que la familia entera reúne porque a su padre le ha empezado a ir mal en los negocios. En París la pasa bien. Definitivamente mucho mejor que en prisión. Se lo merece. Desde aquí sirve de intermediario entre los apristas desterrados en Chile y Víctor Raúl Haya de la Torre. Así burlan la vigilancia y los controles. Todos los viernes ve a un grupo de peruanos, conversan de política, se ponen al día con las noticias, escriben actas graciosas. Luego, la guerra se encargará de separarlos.

## PEÑA PERUANA DE LOS VIERNES

30 DE JUNIO DE 1939

### *Restaurant Chez Pierre*

*La Peña Peruana de los Viernes, reunida con asistencia de sus miembros más prestigiosos y depurada convenientemente de los elementos extraños y sediciosos que se le habían incorporado, resolvió expresar su profunda complacencia por la ausencia de los perniciosos "Agua Colonia" y "Koka Kola", quienes han trasladado sus reales a Londres, con los consiguientes perjuicios para la población y la alarma de Scotland Yard. Se acordó notificar a los referidos hermanos que se les ha impuesto las siguientes penas:*

- 1. La castración bilateral, como único medio para eliminar la calvicie. (Propuesto por el Dr. Carrillo).*
- 2. Ingertrar a "Koka Kola" los mencionados testículos de "Agua Colonia" a fin de reducirle el kilaje. (Propuesto por el Dr. Voto).*
- 3. Importar, de acuerdo con Atkinson y Barton y C de Londres, una cantidad de productos sorbibles y aspirables para consumo de un año de la Peña. (Propuesta desinteresada del Dr. Lastres).*

4. *Friccionar al calvo Koka Kola, y hacerle beber Agua Colonia, como cocktail, al gordo. (Propuesto por el Dr. Remy).*
5. *Solidarizarse con la Dirección del Hotel Château Frontenac en sus justísimos reclamos: a) Por la falta de pago de las pensiones deven-gadas; b) por la obstrucción de desagües con residuos capilares y tapones de botella; c) por escándalos gravísimos de lascivia, petro-lización de los colchones, algarabía bilingüe en las mañanas, con la complicidad de un profesor de lenguas sueltas, y entraîneur de una menor llevada al hotel con el pretexto de escuchar música criolla.*
6. *Que se pratique inmediatamente una comparación entre los graficis de metabolism y del rendimiento sexual de agua colonia y del hiper-viril, faunesco, polisátiro Ribeiro, seductor implacable de la menor Shirley Temple, organizándose entre los miembros de la Peña Pe-ruana un swepsteaake sobre el número de pelos que les queda en la cabeza y el saldo de espermatozoides casposos que aún les restan. (Moción del Dr. Torres).*
7. *Recomendarles la lectura detenida de los siguientes libros: L'impuis-sance, comment la guerir; Gordos y flacos, por Marañón; La importancia terapéutica del Trilysin, por el doctor Benguria; Co-caína, por Pitigrilli; El inglés en dos semanas; El sombrero de Mr. Anthony, la calvicie y el Foreign Office, Zoocracia y canibalismo, por Federico More Távara; Obras completas, de Franklin Urteaga Cazorla; Manifiesto eleccionario, por Manuel Prado; Memorias de Casanova, último tomo; La vuelta al Mundo de los Pilletes, edición expurgada de Salgari; Copias completas de la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales; Copias completas del Curso Femenino de Kindergarten de L'Alliance Française; Una hora en Cayaltí, por Luis Humberto Delgado; El secreto de la Esfinge, por Pierre Loti; Biografía de Absalón; Deanna Durbin íntima, por Rospigliosi y Vigil; Mein Kampf, por Luis Camiseto. (Según moción del señor Carlos Pareja).*

*Dado en la sala de Chez Pierre, en París. En la primera semana de la Honestidad, de la Libertad y Depuración.*

*Firman. Torres, Pareja, Porras, Remy, Morelli, Lastres, Carrillo y Voto.*

## Capítulo 2

La niña susurra como si temiera que alguien la escuchara. Delinea garabatos en un papel, arma una mochila con cosas inútiles: una cuchara de plástico, un mitón fucsia y el casquillo de una bala perdida. Coge a su muñeca, viste un mameluco rosa pálido, ojos grises, una cabecita redondeada y sin pelo. La abraza. No tengas miedo, piensa. Parece una recién nacida. Su cuerpo es blando. La coge con una mano y atraviesa el *hall* del segundo piso, baja las escaleras. Cada peldaño es una amenaza. Una cadena de montañas que debe subir y bajar, esquivando precipicios. Llega a la cocina, la primera frontera, y las ollas humeantes siguen humeando y el fuego de la hornilla no se inmuta y el estofado sigue cociéndose ante la atenta mirada de la señora Julia. La niña deja todo, salvo la muñeca, en el suelo. Se empina sobre el mostrador y rebusca, como un perro chusco, en la bolsa de papel. Saca un pan francés, lo guarda junto a todo lo demás y rodea los salones de la casa para salir al patio, la segunda frontera, por la puerta de atrás, esa que está reservada para las señoras de limpieza, los jardineros y los electricistas. Ubica la pequeña casa de muñecas, paredes de madera, techo rojizo, una ventana con cortina de broderí y corre hacia ella lo más rápido que es capaz, como si su vida y, peor aún, la de su bebé, dependieran de ello. Golpea con su codo el columpio. Su aliento se interrumpe. Nadie nos ha visto, bebida, le dice mientras la acomoda en una cuna. Ningún soldado. BUM. Imagina un estruendo. ¿Así sonarán las bombas? En unos años más, conocerá ese ruido sordo. Pero por el momento, se queda ahí, un poco encogida, moviendo los trastos de latón, espionando de rato en rato por la ventana, susurrando a ese bebé que la mira sin cerrar nunca los ojos. Qué ternura, parece una madre de verdad. Siente que lo ha logrado. Que se han salvado. ¿Cuánto tiempo más pasará antes de que la vengán a buscar? Sus hermanas mayores andan por ahí, las medias chorreadas, el jean nevado, la mochila al hombro, los *walkman* a todo volumen. Papá está en la fábrica hasta que se hace de noche. Mamá entra y sale de casa, si el zapatero, si la lavandería, si el grupo de tejido, si el mercado. A veces la niña

la acompaña en su peregrinaje. ¿Dónde andas? ¡Ven a bañarte!, la voz aguda de doña Herme avanza desde el pasillo de la cocina, atraviesa el patio, el molle, las delgadas paredes de madera. Es anciana. Era negra, pero ahora es blanca. Tiene la boca carnosa, la nariz ancha, el pelo breve y rizado. Su mamá le ha dicho que tuvo una enfermedad. Doña Herme camina como puede, los brazos delgados separados del cuerpo, las piernas sin carne, parece un ave, una de esas aves que van a morir a la playa y despliegan sus alas y caminan así por la orilla, torpemente, con el último aliento que les queda. “¿Ya? ¿Sales? Tu mamá va a llegar y tú no te has bañado”. “Un ratito más, por favor”, asoma la naricita por una rendija de la puerta. “Me faltó terminar. No terminé el juego. Un ratito más. Cinco minutos”. La niña no tiene idea del tiempo, pero cinco minutos parecen suficientes para planear la construcción de un refugio antinuclear debajo de las lajas de piedra del patio, entre el molle y el inmenso croto, el universo de la tortuga y el loro.

Dos años después de que mi abuelo abandonara Francia, antes de que acabara la guerra, mi abuela huyó con su hijo de cuatro años y llegó al Perú para buscar lo que había perdido, su familia. La huida y el viaje en barco constituían para nosotros una odisea, una historia que me gustaba escuchar y que, luego, interpretaba en juegos solitarios. Ahora los relatos de la guerra se me aparecían en sus viejos cuadernos. ¿Era correcto apropiarse de esos textos que no habían sido escritos para ser publicados? Finalmente, daban cuenta de cómo había ido perdiendo el poder sobre su propia vida, reduciéndose incluso físicamente, en unas circunstancias que iban desplegándose inevitablemente, como una invasión de langostas sobre la vida de su mujer, de su hijo y de su familia.

\*\*\*\*\*

*Martes*

*Mamá: aquí siguen preparando al público sentimentalmente y técnicamente para el caso de una guerra. Todos los jueves, a las doce del día, suenan las sirenas anunciadoras de ataques aéreos. Dominan todo el ruido de la ciudad.*

*Siguen cavando refugios para bombardeos. Los nacionales están indignados por unos días con el gobierno porque después de habérseles entregado las máscaras contra gases ahora se les quiere cobrar 60 francos por cada una. El gasto no entraba en el cálculo de las amas de casa y ha levantado gran revuelo. En el cine es sistemático el despliegue militar en cada film. Se habla de grandes ofensivas y contraofensivas de espionaje. Ayer decían sottovoce que todos los espías franceses de la línea Siegfried habían sido decapitados después de la invasión de las aguas del Rin. Y aquí nadie duda de que tanto las catástrofes de los submarinos yanquis e ingleses, así como el incendio de París y de otros transportes en Marsella y el de la Estación de Varsovia, son actos de sabotaje. Pero de todas formas parece que la tensión internacional cede. El pacto anglo-ruso que se considera hecho y la actitud firme de Polonia parece que han vuelto a los dictadores a la realidad. Hay ahora la seguridad de que el próximo zarpazo será violentamente parado y contestado. Esta semana ha habido un calor aterrador. El termómetro ha subido a 31, pero nunca imaginé que en París pudiera haber una ola cálida de tal naturaleza. Ya termino el papel. La próxima semana cambiaré de panorama. Recuerdos a todos mis hermanos.*

*Para ustedes un cariño especial de su hijo.*

En agosto de 1939 el Instituto Iberoamericano de Berlín que presidía Edith Faupel, esposa de un militar y diplomático alemán, el general Wilhelm Faupel, invitó a mi abuelo a conocer el Tercer Reich. Sería un viaje de tres meses. Los Faupel habían vivido durante un tiempo en el Perú, donde ella había estudiado en la Universidad de San Marcos. Wilhelm fue el primer embajador de la Alemania nazi en la España franquista, pero al poco tiempo fue destituido por sus diferencias con el dictador. En 1945, cuando los rusos entraron a Berlín, él y su esposa se suicidaron, igual que tantos nazis. Durante el tiempo que duró la guerra, cuando las restricciones en Francia se agravaron, la señora Faupel ayudó a mi abuelo a enviar desde Berlín la correspondencia para su familia en el Perú, y viceversa. Cuando mi abuelo llegó a Alemania, hacía cuatro años que se habían promulgado las Leyes Raciales de Núremberg. En 1937 los judíos estaban casi eliminados de la economía alemana, las licencias de los abogados judíos habían sido revocadas. Entre el 9 y el 10 de noviembre los nazis quemaron si-

nagogas, saquearon hogares y negocios y mataron, al menos, a 91 judíos. Fue la Noche de los Cristales Rotos. Luego se les prohibió el acceso a las escuelas y universidades públicas, a cines y teatros.

En una carta a su madre, el abuelo la pone al tanto de la invitación. Suenan entusiasmado. Ignora que la vida está a punto de cambiar.

*Me anuncian mis amigos de allá que el convite significa una pensión mensual determinada, seguramente un poco más de 100 marcos, y facilidades, como pasajes en los trenes de los Obreros del Servicio del Trabajo, alojamientos en organizaciones juveniles, entradas a los teatros. Esto no significa ninguna claudicación a mis ideas. Yo voy como aprista y casi se puede decir que en mi condición de tal me invitan por tan largo tiempo. Es un honor para el aprismo que se tenga en consideración a una persona solo por ser miembro del partido. Además, yo voy con la facilidad de que se me mostrará todo lo que quiera. Marchan a la cabeza cuestiones de organización. Puede ser que además de la pensión pueda ganar algo escribiendo para la Radio del Instituto. Mi plan es salir en los últimos días de julio rumbo a Prusia. De todas maneras, procuraré pasar los dos primeros meses, que son aún de verano, en plena vida campestre. Viajando por bosques y castillos. Lo último lo dedicaré a las ciudades, pues ya es el otoño. Además, hay muchos peruanos estudiando aquí, y la mayoría son compañeros. Gracias. Recibí El Mercurio Peruano, que me interesa mucho, también llegaron números de La Prensa. Quiero que me envíen la Historia de la República que ha publicado Basadre. Me interesa mucho porque dicen que ha levantado disputa en Lima.*

Mi abuelo también planeaba asistir al Congreso de Núremberg que se llevaría a cabo en septiembre. Cuando él llegó se había comenzado la construcción de un estadio para 400 000 personas. Los accesos a la ciudad habían sido ampliados. Las pistas eran largas, por todas partes se veían águilas monstruosas, tribunas inmensas, todo hecho en grande. El abuelo tenía interés por la organización del nazismo. Él mismo pertenecía a un partido político de masas, que reunía a trabajadores manuales e intelectuales en torno a la figura de un líder, *el jefe*. Los sostenía una suerte de religiosidad, una mística, gracias a la cual se hacían más fuertes, más sólidos, mejor preparados para soportar las persecuciones, las torturas, la cárcel, el exilio, porque después de todo llegarían al

poder, se traerían abajo a la rancia oligarquía peruana y construirían una sociedad más justa para todos.

En uno de los primeros días en la ciudad, mi abuelo fue al Teatro al Aire Libre a ver *Día de paz* de Strauss. Mientras esperaba que abrieran las puertas, vio desfilar a una delegación enviada por Mussolini y a un batallón de las juventudes hitlerianas. Le pareció que los italianos marchaban mal, a destiempo, en filas desordenadas, sin sostener la mirada fija al frente. En cambio, notó que los alemanes eran un solo paso en el suelo, una sola mano que se movía en las espesas y simétricas filas. Sintió que las voces de mando eran secas y potentes. El coro hitleriano era solemne. Cerca de la medianoche, sin embargo, abandonada ya la disciplina del desfile, los italianos paseaban abrazados con las chiquillas rubias, seducidas por su tez morena y su cabello ensortijado, tan distintos a los alemanes pálidos de su ciudad.

*Berlín*

*11 de agosto de 1939*

*Queridos padres:*

*Salimos en automóvil a las montañas de Algovia. En las puertas de la ciudad está la escuela de aviación más grande del Reich. Tiene 7 kilómetros de longitud en su fachada. Al frente, gigantescas usinas de aviación. Un poco más lejos, el pueblo-santuario de Landsberg am Lech. Ahí pasó su cautiverio Hitler, después de la intentona de 1923. Bajo su palabra de honor fue recluido en el recinto urbano y de ahí salió Mi lucha. Ahora miles de alemanes lo visitan y examinan los lugares y los utensilios que frecuentó el Führer. Los batallones de las juventudes lo visitan cada año, a pie, en peregrinación nacional y sagrada. Pasamos por los castillos construidos por Luis II de Baviera, el Rey Loco. Son maravillas de piedra blanca en los flancos de los picos más empinados. Las nubes se pasean por sus bases.*

*Saludos para todos y, en confianza, Berlín no me gusta. Cariños de su hijo.*

*Berlín*

*25 de agosto de 1939*

*Querida mamá:*

*Esta es seguramente la última semana que estoy en Berlín. Mañana iré a Potsman con Luis Ortiz de Zevallos. Iré seguramente a Augsburgo y de ahí en bicicleta a Núremberg, para el Congreso Nazi de Septiembre. La doctora Faupel nos ha conseguido una invitación, como estudiantes. Creo que sere-mos los únicos indoamericanos presentes. Mucho me ha interesado ver esa demostración de técnica organizativa. Y estaré contento aprendiendo cómo se hace la estética de las masas. Luego comenzaré seguramente a errar por la tierra, hasta donde alcance el dinero, las fuerzas y los neumáticos de las bicicletas. Hoy día he hablado con la generala Faupel. Ella me asegura que nada nos sucederá. Aun si el Perú rompiera sus relaciones diplomáticas, ella nos protegería. De manera que pase lo que pase, que no pasará, estén seguros.*

*Sábado*

*Nos vamos a Daun.*

*En la avenida bajo la arbolada cañones antiaéreos camuflados. Los soldados se han tumbado en la hierba. Nos asentamos un rato en la playa viendo correr a los chiquillos desnudos. Van y vienen motocicletas. Volvemos en tranvía. Por el camino vemos artillería antiaérea. En Berlín nos dicen que se ha cerrado la frontera con Francia y Holanda. Nos acostamos inquietos como quien duerme sobre un volcán.*

*Domingo*

*El Congreso de Núremberg se ha suspendido.*

*Martes, miércoles, jueves, viernes, sábado.*

*Esta ha sido la semana de la Guerra. Súbitamente se me han cortado las comunicaciones con Francia, con Berangere, con el mundo. Con Luis Ortiz encontramos a Stella von Rochow, la invitamos a ir a un lago. Llegamos en ómnibus. Nos bañamos. Esto en puertas de la Guerra. Escuchamos desconsolados que el Führer envió un ultimátum a Polonia. El plazo expira a*



*media noche. Regreso triste a casa, el inquilino me recibe diciéndome que esta es la Guerra. Los alemanes decían siempre: "Hitler quiere mucho a su pueblo, no derramará su sangre, no irá a la Guerra, él encontrará la manera de tomar Polonia sin que las potencias orientales intervengan". Voilá, el mago ha desaparecido.*

El viernes 1 Alemania invadió Polonia con la excusa de un falso ataque polaco a una estación de radio en Gleiwitz. La Luftwaffe bombardeó Varsovia, Cracovia y Lodz. Dos días después Inglaterra y Francia declararon la guerra. Ese fue el inicio. Al enterarse de las noticias, mi abuelo se preocupó y decidió volver a Francia. Acudió al Consulado de Bélgica para solicitar una visa de tránsito y le pidieron que regrese otro día. En su diario registra el sonido de las sirenas en las calles. Cómo los vecinos cierran las ventanas de sus casas y bajan todos al refugio antiaéreo que la gente ya ha empezado a llamar "la cueva". Son las 6:30 p. m. Al día siguiente, va al Consulado de Francia. Mientras espera, conoce a un hombre. Este le cuenta que tiene un hijo en Inglaterra. Que tiene dinero en Londres, que quiere salir de Alemania para recogerlo y luego marcharse a Estados Unidos. El cónsul tarda, no vendrá hasta las 11. Son las 9:30. Mi abuelo sale a dar un paseo, regresa, se entretiene con una edición de la revista *Marie Claire*. Pasadas las 12 el funcionario aparece y visa sus papeles. En la puerta mi abuelo encuentra al hombre que le cuenta, desencajado, que a él se los han negado. Le muestra su pasaporte. Sobre la primera página han escrito con color rojo la letra J.

La Ley sobre la Alteración de Nombres y Apellidos consistía básicamente en esto: los hombres y mujeres judíos que tuvieran un nombre de origen no-judío debían agregar Israel o Sara, dependiendo de su sexo, para poder ser identificados. En el otoño de 1938, todos los pasaportes judíos fueron sellados con la letra J.

*Domingo*

*Ya nos han dado la carta de alimentación. Hemos decidido ir a Wannsee, al suroeste de Berlín. Hacemos un paseo por el lago. Almorzamos en uno de los restaurantes de la playa. Cuando nos vamos a vestir vemos los diarios con grandes titulares que denuncian la entrada de Inglaterra en la Guerra.*

Lunes

*Hoy nos iremos. Hay rumores de que solo la frontera italiana está abierta. Compramos tickets hasta Bruselas. El convoy viaja con la luz apagada, solo unas bombillas azules alumbran los corredores. De pronto estallan a lo lejos las sirenas. Bajamos las cortinas siguiendo las órdenes de seguridad. Luego supimos que la Real Fuerza Aérea Británica había hecho un raid esa noche.*

Martes

*En Amberes mando un telegrama a B. Este debía llegar a su oficina al día siguiente, lo que le permitiría ir a la Gare du Nord a recibirme. Llegamos a París cerca de las 9 p. m. Pongo mi maleta en el suelo, parece que no ha venido nadie. No he terminado de decir la frase cuando la veo. Tiene un peinado largo y viste un sobretodo sport. Sus manos están cerradas con guantes de hilo. Nos abrazamos.*

Al llegar a París, los amigos del abuelo se han marchado. Solo quedan él y ella en la pequeña pensión de Saint Germain des Près. No hay en sus diarios ninguna mención previa sobre sus planes de boda. El mismo día, por la noche, se sienta a escribir un texto sobrio, casi un apunte, que dice que hoy, martes, han visitado la alcaldía del VI Arrondissement, a la orilla izquierda del Sena. Ella iba con un vestido blanco y rojo. Ahí se han casado civilmente. Escribió también que luego de la ceremonia pasearon por el borde del río. Hoy intentaré buscar ese edificio. La familia en Lima ignora el matrimonio. Mi abuelo no quiere darles más problemas. Los negocios fracasan. Están lejos. La familia querría una boda católica.

8 de septiembre de 1939

Queridos padres:

*Desde Amberes les escribí una carta marítima creyendo que los servicios aéreos y la vía New York estarían interrumpidos. Ahora me han dicho en el correo que si los alemanes no hunden el barco ésta llegará hasta vuestras manos. Voy a partir para alguna provincia del Midi, alejada en lo posible del frente, metida entre montañas. Salí de Berlín el lunes 4 a las*

10:30. Decidí mi partida. Esperé dos horas en el desolado Consulado de Francia y con mi ciudadanía sudamericana obtuve la visa. Enseguida visé en Bélgica. El domingo 3 me bañé en Vansee. No había gente en la playa. Cuando salí de la playa los diarios anunciaban que Inglaterra entraba en guerra. Al día siguiente, con letras pequeñas, se decía también que el Frankreich seguía en su senda a Gran Bretaña. Los berlineses han visto esto con estupor. Se les había hecho creer que el conflicto se localizaría en Polonia. En Berlín la gente no habla porque tiene miedo. Los jefes nazis son mantenidos en sus puestos, en las ciudades, para controlar, lo que ha caído muy mal. Hay poco que comer. Las amas de casa que hacen cola en las tiendas de abarrotes solo regresan con sus canastas llenas cuando ocupan los primeros puestos en la fila. Hay dificultades para comprar jabón. Y cuando me acerqué a comprar un impermeable, solicitaron un permiso de la policía. Esta lo da solamente cuando el que uno posee está inservible. Los berlineses viven confiados en la línea Siegfried. Creen que los aviones aliados no la atravesarán de ninguna manera. Tampoco compran máscaras de gases. Pero pese a que está penalizado con la muerte escuchar radios extranjeras, las sintonizan clandestinamente. Háganme el favor de decirle al papá de Paz Soldán que dejo a su hijo bien. Que será ayudado por el Instituto Iberoamericano y que se marcha a la campiña.

París está vacía a ratos. Toda la gente se pasea con sus máscaras de gases colgadas del hombro. Yo tengo la mía y no se alarmen porque al frente de casa tengo un refugio contra ataques aéreos. Encuentro que la colonia peruana se marchó íntegra. A mí me tocará también mi turno. Quiero que me envíen una biografía de Leoncio Prado escrita por un tal Pavletich y un libro de poemas que acaba de publicar López Albújar. Quizá ustedes puedan usar los servicios transatlánticos del Clipper. Aquí han clausurado el servicio aéreo. Los abrazo con cariño.

Miércoles

Hemos decidido ir a Burdeos hasta que B esté bien. Varios días espero mi salvoconducto en la comisaría. Al fin me lo otorgan el 20 de octubre. Compró pasajes de segunda. Todo cuesta 700 francos. He sido tonto al declarar que solo estaría un año en Francia. El día de la partida nos levantamos temprano. El taxi nos lleva hasta la Gare de Austerlitz.

Los padres y la hermana de mi abuela viven en Rambouillet, a unos cuarenta kilómetros de París. Pero llegado este momento, deciden unirse a su hija y a su reciente esposo y trasladarse a Burdeos, donde piensan que la vida será más fácil y segura. Ahí los espera Daniel, el hermano mayor. Mis abuelos abandonan París el 22 de octubre de 1939. Hacen el viaje en tren. En los campos encuentran el dorado del otoño, el río manso enmarcado con sus castillos de piedra; me gusta imaginarlos hojeando libros y revistas, descansando cada uno sobre el hombro del otro. En alguna estación, su compartimento queda vacío para volverse a ocupar por soldados. Llegan a Burdeos por la tarde. Se hospedan en el Hotel du Faisan durante dos días y salen antes de las doce para evitar que les carguen a la cuenta un día adicional. Daniel ha encontrado para mis abuelos un departamento. Se los alquilará Monsieur Brufer. Los ha citado a las cinco de la tarde. Para matar el tiempo, van al centro de la ciudad y encuentran una plaza desierta. Entran a un establecimiento de juegos mecánicos y se entretienen con una partida de fútbol, deambulan. Pero mi abuela se cansa y no pueden ir muy lejos. Debe de tener cinco meses de embarazo. Brufer trabaja en una compañía de seguros que lo enviará a África hasta que termine la guerra, así que su casa quedará libre.

El edificio tiene tres pisos, el departamento está en el segundo, primera puerta. Mis abuelos encuentran a Monsieur Brufer arreglando sus papeles, un cigarrillo baila entre su lengua y los labios. Les explica que varios de los muebles quedarán ocupados por sus cosas. La casa está atiborrada de utensilios y adornos. El segundo día los desaparecen. Me gusta pensar que lo disfrutan, que se ríen de la inutilidad de esas cosas, del horror al vacío, que hacen bromas crueles sobre Monsieur Brufer. Ahí se van los espejos, los vasos, los cuadros, los grabados, las estatuillas, los tapetes, los platos decorativos, los candelabros. Cuando solo queda lo indispensable, pueden caminar por la casa sin el peligro de quebrar algo. El espacio vacío conquistado. En Burdeos, la temperatura baja hasta los tres grados. Es una zona húmeda y lluviosa. Mi abuelo aprende a usar la caldera del edificio que da calor a los radiadores. Hay tres en total, uno grande en el baño, otro ante la ventana del dormitorio y un tercero delante del estudio. El carbón es caro porque hay escasez. Lo bueno es que el carbonero vive a 150 metros y el abuelo sale

a buscarlo cada vez que hace falta. Los fósforos también escasean. Un domingo muy frío gastaron los últimos trozos de madera intentando encender el fuego, y no lo lograron. Tuvieron que buscar calor en la sala de un cine. Cuando ya había nacido mi padre, en febrero, tuvieron un día entero sin carbón. Durante las noches, la estufa se quedaba apagada. Trataban de economizar, temían que el dinero no les alcanzara. En algún momento dejan la ciudad y se van a vivir a Anglet, en la región de los Bajos Pirineos, entre el balneario de Biarritz y el puerto de Bayona. Ahí ocupan la villa Claudinet, una casa amplia con jardín. Se van con la familia de mi abuela, sus padres y hermana. Daniel vive en una ciudad cercana.

### Capítulo 3

Lo único que recuerdo del viaje Miami-Lima fue que Santiago y yo no volvimos a hablar más. Una vez que llegamos al aeropuerto me sentí aliviada. Me gustaba estar ahí. Busqué La Carreta, un restaurante de comida cubana, y pedí ropa vieja, yucas y una coca cola. Como si no hubiese comido en años. Luego compré la última edición de *Vogue*, Emma Stone en la portada. Santiago no comió nada. La cara pegada en el celular y una sonrisa complaciente. Por la cantidad de millas acumuladas nos hicieron un *upgrade* a Business. ¿Había un mejor lugar que ese? Butacas cama, un centro de entretenimiento personal, decenas de películas, una manta suave, buena comida y nada más que hacer a 40 000 pies de altura. La sensación de haber dejado el control de tu vida en manos de una persona entrenada para pilotear un Boeing parecía, en ese momento, un sueño. En cambio, cuando empezó el descenso y el regreso a casa se hizo inminente, tuve ganas de vomitar. Deseé quedarme suspendida indefinidamente en ese avión, atendida por las cálidas aeromozas que, al apretar un botón, resolvían hasta la más insignificante necesidad. Eran las 2 de la mañana.

Esa madrugada no dormí. Al día siguiente nos esperaba una sesión más con nuestro terapeuta. Tendríamos que contarle que habíamos fracasado. Las niñas habían preparado galletas de

chocolate para nuestro desayuno de bienvenida; despertaron pronto para abrir maletas y recibir sus regalos de viaje. Santiago salió temprano a trabajar, dijo que volvería tarde. ¿Y la terapia? No puedo, cancelala o anda sola.

No tenía ánimos para contener la euforia de las niñas, así que fui. En el camino, escribí a Nati para vernos. Puedo, dijo. A las 11 en el Starbucks. Cuando llegué, ella ya estaba esperándome. Nos abrazamos. Me enredé en su pelo largo y crespo. Fue un desastre. Le mostré el correo que Santiago me había enviado desde el trabajo:

“Si superamos esto, podríamos seguir juntos. Pero no sé si podremos. Nos vemos en la noche. Qué tal si pides una *pizza*”.

\*\*\*\*\*

“Esta es la última de tus vidas”, me dijo. Nati había llegado con el Pelucón esa noche, un *hippie* de cuarenta y tantos que a nosotras ya nos parecía un viejo, y por viejo, sabio. Su vagancia no era vagancia, sino rebeldía contra el sistema. Lo había encontrado en la Plaza de Barranco con sus acuarelas, su pelo largo y sin lavar, sus ojos de agua, y había visto en él al personaje perfecto para el proyecto de Taller de Fotografía I. Lo último que el Pelucón nos había confesado es que veía el futuro. Nati era así, hacía con su vida lo que le daba la gana, tenía el pelo largo y ondulado, los labios gruesos y una risa escandalosa que explotaba en cualquier lugar. Fue la primera amiga que hice en la facultad, luego viajó a España y se enamoró de un músico. Al poco tiempo regresó al Perú. Santiago escuchó el dictamen del Pelucón y me jaló hacia él, nos besamos y al terminar murmuró: “Si esta es tu última vida, yo quiero vivirla contigo”. ¡Wuuuuuuuuuuuu!, gritaron ellas sobre la canción de Silvio Rodríguez que alguien tocaba en vivo. “¿Una ronda más?”, propuso André. Fio sacudió su pelo lacio y se inclinó hacia el Pelucón, “¿y no hay nada para mí, chico?”. “Para ti lo que quieras, mamacita”, respondió André. Fio se contorsionó en un alarde de disfuerzo que, en esos años, a todos nos parecía la más sofisticada sensualidad. Salimos de ese local decorado por gárgolas y ángeles, cruzamos la avenida y aterrizamos en un antro con balcones a la calle donde sonaba pachanga y a nadie le interesaba

conversar sobre la última película que habíamos visto esa tarde en el cine club de la universidad. Pedimos unos tragos de colores que exhalaban humo, nos embriagamos. Fio y Ceci terminaron bailando sobre unas mesas. “Vamos, pequeña”, me dijo Santiago, y salimos de ahí hacia la plaza, resbalamos en la humedad del invierno. Seguramente Santiago hizo una broma sobre mi torpeza y luego me acompañó a casa.

\*\*\*\*\*

*Hoy sembramos rábanos. Descubro que sobre el techo del depósito en el jardín hay una gran cantidad de bellotas de encino y las cosecho. Termino el primer tomo de Obras completas de Baudelaire, editorial La Pléiade. La mañana ha sido nublada y húmeda, la tarde soleada y ventosa. Los alemanes hacen ejercicios. Han empezado en los bosques, a pocos metros de la pista. Encuentro la manera de arreglar las goteras que conducen el agua de lluvia por encima del garaje y así recolecto agua en un gran depósito: servirá para el lavado.*

\*\*\*\*\*

La fiesta de cumpleaños era en un club del Ejército. Había un jardín amplio que no tenía sombras ni árboles ni arbustos ni orden ni desorden. Santiago y yo estábamos separados, pero cerca. A veces nos veíamos, él visitaba a las niñas, las acostábamos y luego se quedaba conmigo. Llevábamos así dos meses y empezábamos a sospechar que habíamos logrado arreglar las cosas. Ese domingo Santiago pasó por las niñas y por mí a las tres de la tarde. Uno de sus compañeros del trabajo nos había invitado a la fiesta de cumpleaños de su hijo. Al término de los dos años de Estudios Generales, Santiago había decidido estudiar Derecho. Y yo Artes y Ciencias de la Comunicación, igual que el resto del grupo. Ahora trabajaba en el área legal de una minera. Ganaba bien, pero últimamente los proyectos se habían paralizado por conflictos con las comunidades y Santiago no estaba contento; había cierta incertidumbre. Yo no tenía un trabajo fijo. Había dejado el semanario del diario en el que trabajaba cuando nacieron las mellizas porque nunca estaba en casa, los horarios de cierre eran imposibles y llevaba demasiado

tiempo haciendo lo mismo, así que también me sentía aburrida. Cuando Santiago me sugirió la idea, renuncié y, desde entonces, empecé a trabajar de manera independiente. Escribía artículos, enseñaba un curso en la universidad y había meses en los que no hacía nada. Mamá había dejado de trabajar mucho antes de que yo naciera. Ella había querido estudiar en la Escuela de Bellas Artes, pero a su padre no le pareció correcto. De todas formas, al terminar quinto de media encontró trabajo como profesora en un colegio inglés donde permaneció diez años. Cuando quedó embarazada de mí, mamá ya no trabajaba. Era una administradora del hogar al que hacía funcionar como un hotel cinco estrellas, pero sobre todo era mi compañía permanente, siempre atenta y cariñosa. Quizá por eso, y a pesar de que mis padres habían enfocado nuestra educación para que fuéramos profesionales, y habían premiado la excelencia y castigado la estupidez, la opción de trabajar desde casa me hacía muy feliz, pues me permitía combinar esas dos facetas sin tener que hacer malabares. Aunque, lo confieso, a veces sentía pudor y me veía traicionando los valores en los que creía y defendía: la independencia económica nos hacía libres y autónomas. Cuando le hablaba de estos temas a Nati, ella decía: “Qué más quieres. No me vengas ahora con poses de pobre niña rica. Ya quisiera yo que alguien mantuviera a esta carita hermosa, pasarme el día abanicándome junto a una piscina, espantando moscas. Quisiera saber qué se siente”.

Mía se sujetó de mi mano, Vera salió disparada hacia la mesa de dulces. Santiago se acercó a los distintos grupos que ya se habían formado y fue saludando, un golpe en la espalda, un abrazo, un apretón de manos. “Quiero hacer caca, mamá”. El baño quedaba en el otro extremo, me acomodé la mochila en el hombro y aceleramos el paso. Mía no hacía concesiones. Entonces, las leyes de su vida eran una suma de impulsos y de urgencias. “Cuéntame un cuento, mamá”. “Hijita, vamos, termina rápido que no estamos en casa”. “Un cuento, si no no sale”. Ensayé una versión veloz de “La Cenicienta”. “¿Ya?”. “Queda un poquito, mamita”. Fui buscando en la mochila los pañitos húmedos, pero los había olvidado. “¡Con papel no!”. “Mía, da exactamente lo mismo. Mira, voy a mojarlos con agua y ya está”. Me arrodillé y limpié a mi hija. Sentí un ligero



calambre en la parte baja del estómago. “Listo, linda. Vamos”. Me cogió de la mano y corrimos hacia el centro del jardín donde habían instalado un tabladillo y unas chicas disfrazadas de princesas de Disney empezaban a bailar. Nos ubicamos donde estaba Vera. Parece que el resto de mamás se conocían, estaban a los lados, conversando. Las nanas estaban aquí, conmigo, sentadas con los demás niños, perfectamente uniformadas, con peinados más limpios y ordenados que el que yo tenía, un moño mal armado. Sentí otro calambre, más agudo y el dolor ya no desapareció. Quedó ahí, latiendo. Tiré la mochila a un lado, nos pusimos de pie y Vera, Mía y yo empezamos a bailar cogidas de la mano, dando vueltas, siguiendo las indicaciones de esas falsas princesas. El lugar se llenó de pompas de jabón. Saltábamos para reventarlas y soplábamos para que llegaran al cielo. Santiago se había quedado con los otros. Ya habían sacado las cervezas y sus risotadas se escuchaban hasta acá. Para el fin de fiesta subieron la música a todo volumen, lanzaron serpentinas y nos repartieron unos gorros de fieltro como de carnaval. Vera y Mía estaban en éxtasis. Me pedían que saltara más alto, más alto, más alto. Con cada rebote el dolor empeoraba. Agradecí que las princesas se despidieran y que alguien gritara por ahí ¡a cantar el *happy birthday*! Rodeamos la mesa, la torta en colores pastel parecía una obra de arquitectura y no precisamente de buen gusto. El niño, su padre y su madre a un lado de la mesa. Las otras familias también se reunieron. Santiago se quedó atrás. Me sentí fastidiada, extraña, ajena a esa gente que aplaudía y cantaba y se reconocía en la alegría del niño, del padre y de la madre. Los tres sabían que aquella escena quedaría registrada: la foto oficial de 1999, la representación de todos sus sueños hechos realidad. Mía me pidió que la cargara, estaba llorosa, cansada, harta de la bulla. Me acomodé la mochila al hombro, la alcé con un brazo y le di la otra mano a Vera. “Santiago, vamos ya”. “Que se despidan para que les den sus sorpresas”, dijo. “Qué importa, Santiago, anda tú”. Fuimos hacia el auto, desactivó la alarma, acomodé a Mía en su sillita, le quité los zapatos, la abrigué con una chompa. Me extendí hacia el otro asiento, puse el cinturón de seguridad a Vera. “¿Tienes frío?”. Negó con la cabeza mientras rompía el envoltorio de su sorpresa. Acomodé la mochila a mis pies. Me desabroché el *jean*. “¿Has comido mucho?”. “No, me duele la barriga. Son cólicos”.

Cerré los ojos y fingí que dormía. Cuando llegamos a casa Santiago se estacionó. Se despidió de las niñas. Mía recién despertaba. Vera hizo un berrinche porque se le había perdido un chocolate. Cargué con todo y subimos. A buscar la llave, tirar el contenido de la mochila al suelo, intentar calmar a las niñas. No me sentía bien, así que les propuse: “Hoy jugamos a la cochinada. Nadie se baña”. Les puse el pijama, les lavé la cara, calenté una taza de leche para cada una, acomodamos a sus muñecos a un lado de la almohada. Las acosté y cayeron inmediatamente.

\*\*\*\*\*

La pista de baile estaba llena; resultaba inevitable que a veces mi cuerpo rozara con otro, el codo contra la espalda, pero un intercambio de sonrisas lo solucionaba todo. Ya se había llegado a ese pico de la fiesta en que no importara lo que sonara, una bachata, una salsa, *rock* argentino, inglés de los ochenta, una cumbia, viejos y jóvenes se movían liberados del tiempo en un espacio donde sí era posible ser feliz. Creo que fue cuando empecé a cantar sobre la voz de Robert Smith *I would say I'm sorry if I thought that it would change your mind*, que de pronto todo se suspendió: Santiago bailaba frente a mí, pero solo, la cabeza inclinada hacia atrás. Se notaba que lo disfrutaba. Tengo graves dificultades para explicar lo que vi: hubiese podido estar bailando en su habitación, con la puerta cerrada y la música a todo volumen y nada en él habría sido diferente, lo que quiero decir es que ni los novios ni el bar ni el toldo *vintage* ni la torta de chocolate de tres pisos rodeada de flores ni la guirnalda de pequeños focos encendidos ni sus compañeros de colegio que ahora habían montado al escenario para cantar una de The Cure, nada a su alrededor existía. Por supuesto, yo tampoco. Lo rodeé, bailando, pero no conseguí llamar su atención y todo perdió sentido para mí. A partir de entonces, me ocupó una profunda vergüenza e incomodidad que intenté olvidar, pero fracasé. Ni siquiera fui capaz de mantener el ritmo. Recuperar el sentido de la realidad me arruinó la noche. A ratos me preguntaba si alguien más se daría cuenta. Quedaba poca gente en las mesas,

casi todos estaban aquí, turnándose a la novia y rodeando al novio que ya alcoholizado hacía un esfuerzo por mantenerse de pie.

Hacía siete años que habíamos tenido una fiesta similar. Santiago había transado en todo: el vals al inicio de la recepción, el terno, mi vestido blanco y vaporoso, el saludo al final de la ceremonia religiosa y, sobre todo, la ceremonia religiosa. ¿Quién había sido yo entonces? Decidimos casarnos pronto, en una época en que mis amigas se iban de casa para vivir solas o con sus novios de turno, o se mudaban de país a estudiar alguna maestría y otras fugaban a Cusco, Huaraz o Cajamarca para encontrarse consigo mismas. Cuando por fin se habían conquistado ciertas libertades, él y yo apostábamos por un modelo antiguo. En ese escenario, tenerle fe al amor podía entenderse como un acto de rebeldía. Así lo celebraban nuestros amigos cuando nos reconocían como una especie en peligro de extinción. Pero el espectáculo también podía contemplarse desde la orilla opuesta: una huida hacia delante, una claudicación, la forma de evadir otras decisiones, otras vidas posibles. Santiago descubrió algunas cosas antes que yo. Mucho tiempo después, supe por qué esa noche, en la fiesta, él bailaba frente a mí anestesiado, disfrutando algo que yo era incapaz de asir.

En el trayecto de regreso me dijo: “¿Ves que sí podemos divertirnos juntos?”. No me alegré, la frase carecía de sentido. Llegamos a la casa vacía. Vera y Mía se habían quedado con mis padres. Estaba cansada, estaba triste, y él estaba borracho.

